

**AGENDA CIUDADANA**  
**¿IRRESPONSABILIDAD O MALA FE?**

Lorenzo Meyer

**La Pregunta.**

Es difícil saber, o decidir, cual es la característica principal de la actual élite política y tecnocrática mexicana: la incompetencia profesional o la mala fe.

**La Incompetencia.**

Como sabemos bien, desde 1985 un puñado de jóvenes economistas neoliberales instalados ya en la zona de la alta burocracia mexicana, maniobraron con habilidad y lograron arrebatarse el poder a los políticos tradicionales. El supuesto derecho de mando de los economistas no provino de las urnas o de algo semejante -las elecciones de 1982 fueron sin competencia, las de 1988 sin credibilidad y las de 1994 sin equidad-, sino de su capacidad técnica para conocer y manipular las variables económicas.

Ya en el poder, los economistas-políticos se dijeron portadores de una ideología -que presentaron como ciencia-distinta y superior a la que había fracasado bajo el neopopulismo locuaz o frívolo de Luis Echeverría y de José López Portillo, y en ella fincaron su legitimidad. Se trató de una ideología manufacturada en las grandes universidades norteamericanas -notablemente en la de Chicago-, que estaba siendo puesta en práctica en la Gran Bretaña de Margaret Thatcher y en los Estados Unidos de Ronald Reagan, y que logró derrotar económicamente a la hoy desaparecida Unión Soviética. El proyecto de esos nuevos líderes mexicanos era la reintroducción de la lógica del mercado

en un sistema económico ineficiente, dominado por un Estado obeso, por los intereses corporativos y corruptos de sindicatos, organizaciones ejidales y patronales, y por industriales y comerciantes parasitarios, protegidos de la competencia externa.

Desde la perspectiva de estos economistas encabezados por Carlos Salinas de Gortari, la lógica de la oferta y la demanda globales, era la vía más eficiente en la asignación de los recursos escasos; era la única forma de superar el subdesarrollo e introducir a México al selecto grupo de los países triunfadores. Por ello, la gran meta del grupo salinista fue lograr la integración de México a la economía más fuerte del mundo mediante un tratado de libre comercio con Estados Unidos.

Para no repetir la triste historia de Gorbachov -que por reformar políticamente un viejo sistema estatista y autoritario destruyó tanto al sistema como al país- los tecnócratas decidieron que el camino adecuado era una modernización selectiva: transformar la economía, pero preservar -y usar a fondo- los instrumentos heredados: autoritarios, antidemocráticos y premodernos. Fue así como el salinismo dio forma a algo que se puede llamar autoritarismo de mercado. En esta ambiciosa empresa, contó con el apoyo incondicional de los factores de poder norteamericanos, de Europa Occidental y de Japón. Igualmente forjó una sólida alianza con la Iglesia Católica de Juan Pablo II y, sobre todo, con un puñado de empresarios mexicanos a los que, a cambio de un apoyo político y en efectivo, se les dio todas las facilidades para acumular sumas fantásticas de capital que pronto

pusieron a 24 de ellos en las lista de los megamillonarios del mundo.

La contrapartida fue una más injusta distribución de la riqueza. Las cifras son muy reveladoras de la verdadera naturaleza social del programa salinista; en 1993 el salario real equivalía apenas al 73% del de 1989; según los datos de INEGI (1992), 13.6 millones de mexicanos viven en la extrema pobreza. Y mientras el 20% de las familias más pobres tienen que sobrevivir con apenas el 4.28% del ingreso total disponible, el 60% intermedio lo hace con el 42.15%, en tanto que el 20% más afortunado se apropia del 53.5% restante. Ahora bien, dentro de ese 20% superior, la desigualdad es tan grande como en el conjunto, y el grueso de sus recursos los acapara un puñado de familias -las favoritos del régimen- beneficiadas por las privatizaciones y los monopolios. Otra forma de decir lo mismo es ésta: del total de la población mexicana ocupada, el 63.2% reportó ingresos diarios equivalentes a no más de dos salarios mínimos, y sólo el 7.6% superaba los cinco salarios mínimos, es decir, los 30 dólares diarios.

El "milagro" del neoliberalismo salinista -baja inflación aunque con un crecimiento muy modesto- se alimentó en buena medida de una campaña de propaganda y, en otra, de los resultados de la bolsa, o más exactamente, del flujo de capital externo especulativo. En efecto, antes de la última devaluación, la economía mexicana ocupaba el lugar 23 a nivel mundial, pero en contraste y a mediados de septiembre pasado, la bolsa mexicana ocupaba el quinto entre los mercados bursátiles más rentables del

mundo. Con una moneda estable, convertible de inmediato en dólares y con cetes pagando muy por encima de la tasa norteamericana de interés, los especuladores externos se inundaron de papel mexicano. Sin embargo, era justamente ahí donde estaba uno de los talones de Aquiles del nuevo modelo: mucho del capital que entró a México invitado por Salinas no fue inversión directa -esa que se convierte en productos y empleos-, sino especulativa, que puede salir en 24 horas.

La fuga de capitales de los últimos días de 1994, se explica por la enorme debilidad del intercambio mexicano con el exterior. El déficit en la cuenta corriente, que en el fatídico 1982 fue de 6, 221 millones de dólares, cifra que volvió a aparecer apenas concluido el primer año del gobierno de Carlos Salinas -6, 085 millones- se disparó a 24, 804 millones en 1992 y a 28, 500 millones de dólares este año. Sin la devaluación, crecería aún más en 1995. A lo anterior, hay que agregar una deuda externa global -pública y privada- que según el Banco Interamericano de Desarrollo, asciende ya a la impresionante cifra de 140 mil millones de dólares, es decir, superior a la que dejó Miguel de la Madrid (*La Jornada*, 26 de diciembre). En resumen, el financiamiento de las grandes importaciones mexicanas, la estabilidad del peso, la baja tasa de inflación (6.9% en 1994), y la modesta tasa de crecimiento del PIB (3.1% en 1994), dependían del flujo de capital especulativo; estaban prendidas con alfileres.

Lo precario del "milagro salinista" lo debieron saber muy bien tanto Carlos Salinas como Ernesto Zedillo y el resto de la

élite tecnocrática, pero una y otra vez ellos se negaron a actuar en consecuencia. En vez de ello, irresponsablemente todos estiraron el hilo especulativo hasta que éste se le reventó a un Ernesto Zedillo que apenas se estaba acomodando en *Los Pinos*.

El resultado del fracaso de la apuesta tecnocrática, autoritaria y neoliberal, es un retroceso general en el nivel de vida de la mayoría de los mexicanos -a 5 pesos por dólar, el salario promedio en el país cayó de golpe de 12.0 a 8.43 dólares diarios, lo que lo hace el más bajo de entre todos los países miembros de la OCDE- y un aumento notable en la desconfianza nacional e internacional frente al futuro mexicano.

¿Dónde está, pues, el resultado práctico del conocimiento especializado y superior de la nueva élite gobernante mexicana? ¿Dónde quedó la habilidad que suponen los doctorados en economía de Harvard, Yale, Princeton o Chicago? ¿A dónde irán los 800 mil empleos anuales prometidos por un Zedillo que se dijo comprometido con el bienestar de la familia? El haber permitido que la sobrevaluación del peso desembocara en una catástrofe por razones electorales y de promoción internacional de Carlos Salinas, no puede menos que calificarse de incompetencia profesional. Si "por sus frutos los conoceréis", entonces resulta que el autoritarismo tecnocrático y neoliberal no fue mejor que el anterior, el neopopulista.

### **La Mala Fe.**

Volvamos al planteamiento inicial, ¿cual es la característica más sobresaliente de los economistas en el poder? ¿su incompetencia o su mala fe?

La mala fe, el engaño, la manipulación descarada de los temores y las esperanzas de la sociedad mexicana -"yo voto por la paz", "el bienestar de la familia"- no está tanto en las declaraciones como la que hizo Ernesto Zedillo el 9 de diciembre -"La política cambiaria mantendrá la banda de flotación establecida"- o de Jaime Serra siete días más tarde -"México se ceñirá a su política actual sobre el peso y no devaluará..."-, sino en la insistencia, por años, de que el déficit crónico en la cuenta corriente y el endeudamiento creciente, eran fenómenos positivos, benéficos, pues los economistas en el poder tenían todas las variables importantes bajo control. Así, el déficit era presentado como resultado de la pujanza de la economía y al gran flujo de capital externo especulativo como signo de la confianza del mundo en México.

Pero el colmo de la mala fe, del engaño, y del miedo a asumir las consecuencias de sus actos, fue el intento del nuevo gobierno de jugar con una solución violenta al problema de Chiapas para justificar sus errores. En efecto, al anunciarse la primera etapa del proceso devaluatorio -el aumento de la banda de flotación del dolar frente al peso-, se le justificó como resultado de la decisión del EZLN de poner fin a la tregua pactada desde enero. Desde luego, no se dijo que esa decisión del EZLN era resultado de otras, previas, del gobierno y del partido de Estado, que buscaron imponer en Chiapas a un gobernador identificado con el antiguo régimen de ese estado -Eduardo Robledo fue colaborador directo de Absalón Castellanos y de Patrocinio González, los símbolos de la injusticia contra la que

rebeló el EZLN. En Los Pinos, Zedillo, intentó en un primer momento atribuir directamente a los "factores internos de zozobra" la falla de su grupo. Según él, la fuga de capitales y la pérdida de una parte sustantiva de las reservas monetarias nacionales, fueron en buena medida resultado de: "los brutales asesinatos de figuras destacadas de nuestra vida política y, así mismo, (d)el conflicto en el estado de Chiapas".

A la inaceptable explicación presidencial, le hizo eco la empresa privada por boca de Luis Germán Cárcoba, del CCE, que afirmó respecto del EZLN: "No podemos estar viviendo con un cáncer permanente sin extirparlo en el país". Un articulista llevó el argumento a su conclusión lógica y el 22 de diciembre propuso lo que Zedillo implicó: que se restaurara "el dominio de la ley" en Chiapas, y "...a la brevedad posible y con la mayor efectividad y celeridad de que sea capaz el Ejército Mexicano" (Juan Estuardo Miller, *El Economista*). Desde esta perspectiva, el pago de la irresponsabilidad tecnocrática deberían hacerlo los indígenas rebeldes de Chiapas. Si esa lógica no es la propia de la mala fe, entonces ¿qué es?.

Afortunadamente, todo indica que el chivo expiatorio chiapaneco que los tecnócratas ofrecieron en un primer momento a los inversionistas extranjeros y a la opinión pública mexicana no fue aceptado. Esperemos que, aunque tarde, el dos de enero Ernesto Zedillo presente argumentos más responsables.

P.D. ¿los ahorros de los tecnócratas estaban en pesos o en dólares el día de la devaluación?